

DAVID MARTÍNEZ-ROBLES

# **ENTRE DOS IMPERIOS**

**Sinibaldo de Mas  
y la empresa  
colonial en China  
(1844-1868)**

Marcial Pons Historia  
2018

# ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCIÓN .....	9
CAPÍTULO 1. TRAS LOS PASOS DE ALÍ BEY .....	31
CAPÍTULO 2. APRENDIZAJES IMPERIALES .....	47
CAPÍTULO 3. TRASPASANDO FRONTERAS .....	75
CAPÍTULO 4. ENCUENTROS Y DESENCUENTROS EN MACAO.	107
CAPÍTULO 5. PROYECTOS IBÉRICOS.....	137
CAPÍTULO 6. DESTINO PEKÍN.....	165
CAPÍTULO 7. UN AGENTE SECRETO LLAMADO «EMILY».....	195
CONCLUSIÓN. ESPAÑA EN EL PROYECTO COLONIAL EU- ROPEO EN CHINA.....	221
NOTAS.....	229
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA .....	243
OBRAS DE SINIBALDO DE MAS.....	253
ÍNDICE TOPONÍMICO.....	257
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	261

## INTRODUCCIÓN

En noviembre de 1986, un periódico barcelonés publicaba un rutinario aviso del Instituto Municipal de Servicios Funerarios de la ciudad. En él se invitaba a los titulares o herederos de un largo listado de sepulturas que llevaban un tiempo excesivo sin pagar la contribución del Cementerio del Este del Poblenou a que acudiesen a las oficinas de la calle Sancho de Ávila para regularizar su situación en un plazo de treinta días. En caso contrario, siguiendo la ley entonces vigente, la sepultura sería considerada abandonada y revertiría a la titularidad del ayuntamiento barcelonés. Entre los nombres de la lista figuraba el de Sinibaldo de Mas y Sanz (1809-1868), cuyos restos se suponía descansaban en el tercer departamento del cementerio <sup>1</sup>. Sin descendientes directos ni familia cercana en la ciudad, una vez transcurridos los treinta días que establecía la ley, los restos de aquel nicho fueron trasladados a uno de los osarios del mismo cementerio en febrero de 1987 y su rastro se perdió para siempre.

La realidad es que en la sepultura que estaba a su nombre no descansaba ni había descansado nunca el cuerpo de Sinibaldo de Mas, sino el de su madre, Águeda Sans, fallecida en 1850, justo cuando su hijo vivía a diez mil kilómetros de la casa que la familia tenía en La Rambla de la ciudad <sup>2</sup>. No en vano, la vida de Sinibaldo de Mas y Sanz fue tan o más singular que su nombre de pila. Diplomático, lingüista, dramaturgo, poeta, ensayista, traductor, creador de utopías, viajero, pintor, retratista, comerciante, editor y un largo etcétera, nació en Barcelona, aunque los momentos culminantes de su carrera los vivió en Asia, en especial en China, país del que fue un reputado experto. Al final de su carrera incluso llegó a ser investido agente se-

creto del imperio manchú que entonces extendía sus dominios sobre aquella región. Pero, a pesar de todos estos méritos, y de que en su época fue un personaje respetado y con sólidos contactos en el mundo intelectual y de la política, su muerte lo sumió en el olvido y ni un pasaje insignificante de la ciudad que le vio nacer lleva ni ha llevado su nombre.

Su figura es fundamental para comprender cómo cristaliza la presencia de España en China en el último periodo de historia imperial de ese país, en un momento en el que las grandes potencias europeas hacen de Asia Oriental una región indispensable para sus estrategias imperiales. Sinibaldo de Mas, que llega por vez primera a China en 1844, es testigo de excepción de esas estrategias y del choque que se produce entre un imperio que vive momentos de dificultad como el de China y los grandes imperios que llegan de Occidente.

China no había sido su primer destino como diplomático en Asia. Años antes, entre 1834 y 1842, había visitado un gran número de países del Mediterráneo oriental, la península arábiga, el sur y sureste de Asia, para, por último, llegar a la colonia española de las Filipinas. Después de un breve regreso a España, cuando en 1844 puso por primera vez su pie en China, Mas era ya un hombre experimentado de treinta y nueve años. Su preparación en lenguas extranjeras, sus estudios de economía o ciencias y su versatilidad como intelectual —capaz de grabar poemas sobre la piedra de antiguos monumentos helenísticos de Siria o de retratar al óleo personajes ilustres para sobrevivir en el anonimato de la India— le valieron la confianza del Ministerio de Estado, el organismo entonces encargado de toda la acción exterior española.

En tres ocasiones distintas residió Sinibaldo de Mas en territorio chino. La empresa principal a que se enfrentará en su primera visita a China (1844-1846) consistirá básicamente en informar de todo lo que pudiera pasar en aquel extremo del continente eurasiático, pocos años después de que hubiese finalizado la Primera Guerra del Opio (1839-1842) que enfrentó al imperio manchú y al Británico. En su segundo viaje (1847-1851) intentará negociar para el Gobierno español un tratado con China. Aunque fracasará en su objetivo, las circunstancias en las que se desarrolla su segunda estancia en territorio chino permiten comprender hasta qué punto se enrarecen en esos años las relaciones de China con los países occidentales. Pocos años después de que abandone el país estallará una Segunda Guerra del Opio (1856-1860), con Inglaterra acompañada en esta ocasión de Francia

como agresores, guerra que culminará con la humillante invasión de Pekín y la huida del emperador de la capital.

El final de esa guerra y los tratados que se derivan imponen un cambio en las relaciones exteriores de China, que entran en una fase menos turbulenta. En estas circunstancias, Sinibaldo de Mas realizará su tercer viaje a China (1864-1868). En esta ocasión logrará llegar a un acuerdo con las autoridades imperiales, en lo que será el primer tratado entre el Estado español y el chino. La diplomacia española alcanzará así el principal objetivo político que había determinado su acción en Asia Oriental durante más de veinte años. Sin embargo, de manera inesperada, la carrera de Mas como representante de España llegará a su final de manera súbita en 1867 y ello, aunque resulte sorprendente, permitirá que el barcelonés entre al servicio del emperador manchú. Aunque su trayectoria como representante de ese imperio será muy efímera —Mas muere a los pocos meses de que se le encomiende una misión secreta de representación en Europa—, se trata de una experiencia con una significación simbólica extraordinaria, ya que es el resultado de las particulares características que adopta la implantación colonial en China —un imperio ya crepuscular cuya soberanía queda erosionada por la incontenible maquinaria imperial europea—.

## El imperio Qing en China

Para comprender todos estos acontecimientos es necesario situarlos en el contexto histórico y territorial en que se producen, el del imperio Qing, el último que existió en territorios chinos. Es significativo que este imperio nazca fuera de las fronteras de China, en una fértil región de Manchuria situada a centenares de kilómetros al noreste de la Gran Muralla, límite físico y simbólico del mundo chino. A partir de la segunda década de siglo XVII, las tribus jurchen se configuran como el poder dominante de la región, agrupadas bajo un líder carismático, Nurhaci; aunque será su hijo Abahai quien conseguirá asegurar las bases del futuro imperio Qing. En 1635, Abahai decidió cambiar la denominación de su propia etnia jurchen por la de *manchú*, y un año después adoptó el nombre *Qing* —pureza— para su imperio. En 1644, los manchúes conseguirán aprovecharse de la crisis interna que carcome el imperio chino de los Ming para penetrar hasta Pekín y ocupar el trono imperial. No era la primera ocasión en la que

el trono de China era ocupado por emperadores extranjeros. En el siglo XIII, los mongoles, otro pueblo llegado del norte, habían logrado imponer su dominio sobre los territorios chinos durante casi un siglo. No obstante, los manchúes apostaron por un modelo de conquista distinto al de los mongoles. Ello les permitió establecer una administración eficaz y perpetuarse durante más de dos siglos y medio en el poder, además de convertirse en uno de los imperios más poderosos del continente euroasiático.

Durante las primeras décadas, el problema para los gobernantes manchúes estuvo encarnado por los diferentes movimientos de oposición que continuaban siendo fieles a la anterior dinastía Ming. Los manchúes eran considerados por la mayoría de chinos unos oportunistas bárbaros que se habían aprovechado de unas circunstancias políticas críticas que les permitieron ocupar el palacio imperial sin apenas obstáculos. Intelectuales y miembros de la anterior administración china mostraron su rechazo durante años a la dominación manchú, pero esta oposición finalizó cuando los ejércitos Qing vencieron la resistencia mostrada por los últimos seguidores de Zheng Chenggong (también conocido como Koxinga) en Taiwán en 1663. Años después, los manchúes consiguieron acallar el desafío presentado por algunos gobernadores que al principio habían sido sus aliados en el sur y que protagonizaron la Rebelión de los Tres Feudatarios (1674-1681). Esta ya no pretendía restaurar el anterior Estado Ming; su única aspiración era arrancar del dominio manchú las provincias meridionales de China. Sometida la rebelión, el Reino de la Gran Pureza (*Da Qing Guo*), tal como se podría traducir el nombre que emplean de manera habitual los documentos Qing para referirse a su propio Estado, entró en un periodo de prosperidad materializado sobre todo en la figura de los emperadores Kangxi y Qianlong, desde finales del siglo XVII y a lo largo de todo el siglo XVIII.

En el ámbito territorial, el periodo Kangxi (r. 1661-1722) se caracteriza por la definición de las relaciones con los países de la frontera noroeste, así como la ampliación de las regiones controladas en el sudoeste (Tíbet). Es en especial significativo el Tratado de Nerchinsk que el imperio Qing y Rusia firmaron en 1689 para solucionar disputas fronterizas. Las negociaciones con el imperio zarista se vehicularon a través de la Oficina de Asuntos Extranjeros (Lifanyuan), entidad creada ya antes de que los manchúes tomaran el control de China. Este organismo se encargaba de las relaciones de los Qing con los pueblos del norte y el oeste. Las relaciones con el resto de países,

como Corea, Japón o Vietnam, se articulaban a través de un organismo distinto, el Ministerio de los Ritos, que formaba parte del aparato estatal chino desde hacía siglos. Estos últimos países por lo común asumían —o, como mínimo, no desafiaban más que de forma puntual— la pretensión de China de ser el poder hegemónico de la región. Desde hacía siglos habían enviado embajadas a China para ofrecer tributo al emperador —de ahí que fuese el Ministerio de los Ritos el encargado de organizar su recepción— y, al mismo tiempo, obtener beneficios comerciales. Estas relaciones tributarias presuponían sobre el papel que el emperador de China era el Hijo del Cielo, al que el resto de soberanos debían reconocer la superioridad moral y, en consecuencia, rendir homenaje y tributo. Este es un hecho de una importancia fundamental, ya que las relaciones con los países occidentales, en los siglos XVII y XVIII, quedarán fuera de este esquema institucional, reduciéndolas a meros intercambios comerciales, o, en casos puntuales, serán atendidas también por el Ministerio de los Ritos, lo cual tendrá consecuencias determinantes.

Al mismo tiempo, el hecho de que los asuntos rusos se trataran en un organismo específico como la Oficina de Asuntos Extranjeros significaba, por un lado, que los gobernantes Qing creían que sus vecinos del norte merecían diferente consideración que el resto de naciones y, por el otro, que no aplicaban ciegamente la herencia legal recibida del Estado Ming, sino que eran capaces de buscar soluciones *ad hoc* que respondieran de manera eficaz a las circunstancias de cada momento. Aun así, esta ductilidad de los gobernantes manchúes no será suficiente cuando algunas décadas más tarde los países occidentales pretendan imponer su noción —de marcada rigidez— de Derecho internacional.

En el siglo XVIII, la principal preocupación en los límites exteriores del imperio Qing lo constituían las tribus nómadas del oeste y el suroeste. Entre estos pueblos destacan los dzúngar, súbditos del Dalai Lama que habitaban en una amplia región semidespoblada del altiplano del Tíbet y que se convirtieron en una amenaza cuando consiguieron conquistar diversos pueblos musulmanes que se habían establecido en las ciudades del Turquestán, en el actual Xinjiang, y amenazaban con aliarse con los rusos. Kangxi consiguió derrotarlos en 1696 y arrinconarlos en las regiones fronterizas con Rusia, con la que había firmado ya el Tratado de Nérchinsk. Sin embargo, a finales de los años 1720, los dzúngar habían resurgido con fuerza y constituían un serio problema para el sucesor de Kangxi, el emperador

Yongzheng (r. 1722-1735). Las campañas que este dirigió acorralaron a los dzúngar hacia el Turquestán, pero allí consiguieron sobreponerse y derrotar a las fuerzas imperiales. Pasarían más de tres décadas de lucha antes de que la región quedara pacificada, lo cual ofrece una imagen clara de hasta qué punto la llegada en aquellas mismas décadas de comerciantes europeos a la costa sudeste de China era una cuestión insignificante para la corte.

Fue el hijo de Yongzheng, el emperador Qianlong (r. 1736-1795), quien llevó a la dinastía Qing a su momento de mayor esplendor, pero, a su vez, quien también esbozó las líneas que acabarían por determinar la fuerte crisis que la azotó a lo largo del siglo XIX. Durante los sesenta años que duró su reinado, la población de China se duplicó hasta alcanzar los 300 millones en 1790. Proceso que culminó en 1851, cuando la población china superó los 432 millones, triplicando la cifra de 143 millones de habitantes del año 1741. Nuevas regiones quedaron incorporadas en el circuito de producción del imperio, al tiempo que se introducían nuevos productos agrícolas que contribuirían a alimentar a la creciente población china —los más significativos llegados de América—. El crecimiento agrícola y la prosperidad que del mismo se deriva vigorizaron el comercio y la industria manufacturera, muy sólidos ya en siglos anteriores, y dinamizaron, por tanto, la vida económica, social e incluso intelectual del imperio. Como han demostrado diversos estudios, las regiones más avanzadas de la China Qing compitieron hasta finales del siglo XVIII con Gran Bretaña en lo que se refiere a prosperidad y desarrollo económico <sup>3</sup>.

Sin embargo, este crecimiento agrícola y esta prosperidad económica, aunque extraordinarios, caen de forma inexorable bajo el peso de la ley de rendimientos decrecientes: a finales del siglo XVIII se alcanza el punto en que la generación de riqueza no puede dar satisfacción a la auténtica revolución demográfica que ella misma ha sustentado y la población comienza a vivir en una situación de creciente presión económica que estallará en el siglo XIX en problemáticas de dimensiones inéditas.

El otro gran logro del periodo Qianlong es la conquista de amplias áreas de territorio en Asia central, cuando se acaba con la resistencia de varias tribus centroasiáticas que se oponían a la expansión china hacia el oeste. El Turquestán —a partir de este momento rebautizado como Xinjiang, «nuevo territorio»— entra a formar parte de pleno del imperio, poniéndose fin así al problema de los dzún-



gar, que quedan derrotados de manera definitiva. La incorporación de Xinjiang al imperio no implicó una política de colonización: el territorio quedó ocupado solo de forma militar y la población autóctona, sobre todo musulmana, se organizó siguiendo la autoridad de líderes locales bajo control chino. El coste económico de las campañas, primero, y de la ocupación militar, después, fue elevadísimo a causa de la sangría monetaria que representaban los importantes ejércitos destacados de manera permanente en los nuevos territorios y de la falta de colonos que los abastecieran. A la campaña del Xinjiang hay que sumar otras que no siempre acabaron de forma feliz para los ejércitos de Qianlong —como en el caso de Vietnam en 1788-1789—, o que, a pesar de la victoria —como en Tíbet en 1792—, representaron un dispendio sin compensación que contribuyó a afilar la crisis financiera estatal.

Al mismo tiempo, el viejo fenómeno de la corrupción se reproducía en todos los niveles del ejército manchú, a la vez que se extendía entre los altos cargos de la administración Qing, en especial a partir de 1775. Aquel año comenzó la ascensión de Heshen, oficial manchú que en pocos años se convertiría en el principal ministro y hombre de confianza del emperador. Desde esa privilegiada posición, urdió una compleja red clientelar que le permitió controlar importantes esferas de poder. Heshen y sus allegados llegaron a falsear los informes y los balances económicos de numerosas campañas militares, desviando así cantidades colosales de dinero para su uso personal. Lo cual deja claro la poca eficacia de las medidas implementadas por los emperadores Qing para asegurar el control sobre la administración y luchar contra la corrupción.

El largo reinado de Qianlong representa, por tanto, un punto de inflexión en el imperio Qing, alcanzando sus mayores cotas —territoriales y económicas— e iniciando una progresiva decadencia. En consecuencia, a finales de este periodo comienzan a detectarse síntomas de cambio en forma de levantamientos e insurrecciones en diversos puntos del país. Fue solo un anuncio de las grandes rebeliones que devastarían amplias regiones del imperio en el siglo XIX. De este modo, a su muerte, Qianlong dejaba tras de sí un imperio cuya extensión era aproximada a la de la China actual, pero cuyos desafíos sociales y administrativos serían imposibles de solucionar por los emperadores que le siguieron.

[...]